



ITINERANTES  
GLORIA

UNA SOBREVIVIENTE DEL TERRORISMO DE ESTADO PIENSA  
CÓMO HABRÍA SIDO LA MILITANCIA DE LOS SETENTA TENIENDO  
TELÉFONOS CELULARES.

**AUTORA ORIGINAL:** Virginia Feinmann

**ADAPTACIÓN:** Amancay Espíndola

**ACTRIZ:** Cristina Fridman

**DIRECCIÓN:** Mónica Scandizzo

**FOTOGRAFÍA:** Hernan Gulla



Ya le había dicho mil veces a mi hija que no. Viví toda la vida sin celular, para qué voy a querer uno ahora. Acá en Pico conozco a todo el pueblo y me conocen todos. Me las arreglo. Ocho años en Suecia viví. No hablaba el idioma, nunca había visto nieve, todavía tenía la epilepsia y me las arreglé igual..., para qué quiero un celular.

Mamá, me dice mi hija, sos grande, si te pasa algo no tenés cómo avisarme. Adriana siempre se preocupó mucho por mí, la tuve de mayor. Cuando conocí a Beto me moría por tener hijos con él. Soñábamos con ver la casa llena de pibes. Éramos varias parejas en esa época. De acá, de Pico. Alguno todavía está. La agrupación era el JLN. Gente hermosa, muy comprometida. Hacíamos trabajo social. Íbamos al barrio a dar clases a los chicos. Se hablaba mucho de política, yo no quería hacer caridad... asistencia. Queríamos que hubiera para todos, que se repartiera bien desde arriba. Tomar el poder, eso. Y que no hubiera pobres muy pobres ni ricos muy ricos. Una idea simple, ¿no? Sin embargo, no sólo que fue imposible, sino que... en fin.

Decía que con Beto nos casamos en el 72. Y no quedé enseguida. Me venía la menstruación y lloraba.

A Beto se lo llevaron preso antes de la Dictadura. Y nos llevaban de distintas maneras, pero siempre por sorpresa. Por ejemplo a Beto, un domingo que fue a ver a los padres a Banfield. A Cacho, en un bar. A Marita en la puerta del jardín donde dejaba a los chicos, adelante de las maestras. Después del mismo jardín llamaron, que había no sé qué problema, y en la puerta también se llevaron al marido. A Cuca le dijeron que la necesitaban de urgencia en la fábrica y en el camino la agarraron. Después cayó Gloria, y después yo.

Digo que no quiero un celular porque me lo voy a olvidar en todas partes, no me llevo con la tecnología, no quiero estar pendiente de la batería, del cargador. Pero la verdad es que no soporto ver a la gente cuando habla por la calle. Me duele. Desde el supermercado llaman a la casa, que si llevan Coca o Sprite. Desde el colectivo a la tía que vaya bajando la carne del freezer.

Desde el videoclub al novio, que si alquilan de terror o romántica.

¿Sabés lo que hubiéramos hecho nosotros con algo así?

Que mi suegra lo llamara a Beto unos minutitos antes: hijo, mejor no te bajas del tren, hay un auto raro dando vueltas a la manzana. Señora, que Marita no venga al jardín, la maestra esa que dice que los chicos son hijos de guerrilleros, estuvo hablando esta mañana con la directora. Cacho, nos fuimos del bar, había un par de tipos con pinta de servicios.

A mí igual no me salvaba nadie. Mi mejor amiga les dijo dónde encontrarme, con todos los detalles. Día, hora, casa, color de pelo, color de bombacha, no les faltaba ni un dato. Ojo, yo sé que no es su culpa. Ya lo sé. A Gloria la lastimaron mucho. Al día de hoy se nota que no camina bien. Yo no la trato, ni la saludo, pero la he visto pasar por el centro de Pico cada tanto. No pisa bien de un pie. Sé muy bien por lo que pasó Gloria. Pero ella les dio mi nombre. Y al día siguiente me vinieron a buscar y todo eso me lo hicieron a mí.

Estábamos presos, pero no como en una cárcel. No como en una cárcel. Ella me pidió disculpas ahí mismo, apenas me vio, después de un tiempo, porque al principio nos tenían aisladas, encapuchadas. Cuando me sacaron la venda por primera vez yo no vi nada. Tenía los ojos pegados de lágrimas, sangre, mugre. Me llevó un montón de días limpiarlos y de repente la ví. Lo primero fue una mujer, lejos, hablando con alguien, riéndose, y me pareció que era Gloria, con esa risa tan alegre. Me puse contenta, quería abrazarla, pero me agarró un cansancio tremendo, todo de golpe, se me aflojaron los brazos y las piernas y me tuve que tirar de nuevo en la colchoneta. Me quedé ahí, mirándola de lejos nomás, pensando que ojalá fuera ella para saludarla al día siguiente.

Después no la volví a ver. Ya creía que me había equivocado, y un día lavando ropa, porque en ese momento me hacían lavarle la ropa a un marino, viene y me agarra de atrás. Casi me muero de felicidad, ganas de abrazarla, de darle besos, con las manos todas llenas de espuma, me empecé a reír de no sé qué, a dar saltitos, y de repente veo que llora. Y me dice: “Flaca fui yo”. Flaca fui yo. Eso era lo único que repetía. Lloraba y me decía así. Flaca fui yo.

¿Fuiste vos qué, Gloria? La tuve que sacudir porque no salía de esa frase, así que al rato me dijo: fui yo la que te cantó, en la camilla. No daba más. Perdoname.

Y se quedó ahí llorando. Doblada sobre la pileta, casi sobre el agua con espuma sucia.

Yo me sequé las manos y me fui. No le hablé nunca más.

Ahora uno, con los años, va pensando, va entendiendo. Yo misma podría haber dado el nombre de alguien. Y la verdad es que no lo hice no sé por qué, porque en ese momento me emperre en pensar en un mantel que había en mi casa de chica, un mantel de plástico a cuadritos rojo y blanco, que usábamos para cenar todos juntos en la cocina, cuando llegaba mi papá del trabajo y mamá ya tenía los raviolos con estofado y mi hermanito terminaba los deberes, y ese mantel se fijó en mi cabeza y me decía que no hablara, que no hablara, que cuidara a los demás de no pasar por lo que yo estaba pasando, que no hablara.

Gloria, en cambio, dijo mi nombre. No es su culpa. Pero no puedo volver a hablar con ella.

Cuando me soltaron me fui directo para Suecia. Beto salió en el 83 y fue a buscarme.

Vivimos allá, estábamos bien. Yo tenía arritmia cerebral, le digo la epilepsia para simplificar. Parece que fue una secuela también. Por los medicamentos no podía pensar en tener bebés. Después me fui curando, vinimos a la Argentina y ahí la tuve a Adriana. De grande, pero la tuve. Y terminó siendo hija única. Yo la veía a ella y veía algo nuevo, una vida nueva. ¡Y ahora mis nietas! Dos preciosuras. Las llevo a la plaza, a las hamacas, al pelotero. Con la más grande el otro día fuimos al cine por primera vez. Nada que ver con los videos que ven por la tele.

El año pasado cuando murió Beto hicieron un arreglo para quedarse a dormir conmigo un día cada una. Bastante tiempo se quedaron así, por turnos. Le decían a la mamá que era lo justo porque ella tenía dos nenas y yo ninguna. Muy amorosas, sí.

Pero ahora con esto me pusieron mal, porque no quería un celular. Y ayer con la excusa de la Navidad me lo regalaron. Yo no me pude contener, me dio una bronca tremenda.

No lo quise abrir, me enojé, empecé a repetir: “No quiero hablar con nadie. No quiero hablar con nadie. no quiero hablar”. Se asustaron, o se ofendieron, y se terminó la fiesta. Adriana se llevó a las nenas yo tiré todo en la pileta, me

tomé los remedios y a las doce y media estaba durmiendo.

Hoy me levanté de un malhumor espantoso. Toca el timbre mi nieta mayor. Solita vino. Me dio un beso despacio, seria. Yo estaba seria también. Me senté en mi sillón cerca de la ventana. Ella fue hasta la mesa donde había quedado la caja del celular sin abrir. Lo agarró, lo trajo hasta donde estaba yo. Se quedó ahí parada. Lo tenía entre las manos y miraba para abajo.

Abuela, ayer dijiste que no querías hablar con nadie, pero si querés, no es para hablar.

También se pueden mandar mensajitos de texto.

Fui a la ventana a abrir para que corriera viento. Ella seguía ahí con la cajita. Me senté de nuevo. Y eso cómo es.

Levantó la cara contenta. Empezó a abrir la caja rapidísimo. Por momentos se le complicaba pero yo no quería ni tocar. Hizo todo con sus manitos. Al final me muestra el aparato y dice: vas a mensajes, crear mensaje, ahí escribís lo que querés ponerle a alguien, ponés el número de esa persona y apretás enviar mensaje. Por ejemplo vos a quién le escribirías...

Hacía calor, pero entró aire por la ventana, y no sé por qué le dije:

A Gloria.

¿Y quién es?

Una persona.

Bueno, perfecto, ¿y sabés su celular?

No... pero lo puedo conseguir. Tenemos conocidos en común.

Bueno, perfecto, y qué le querés poner.

No sé...

Mira acá hay un teclado, ves, tiene letras en cada tecla y si apretás este botón...

Bueno pará, más despacio... Yo estaba transpirada, me corrían gotas por la cabeza, A ver, mostrame de nuevo despacio. Empezó y entendí. Me pareció fácil. La cortina onduló un poco y volvió a entrar un aire limpio. Agarré el celular. Miré la pantalla.

Escribí: "Hola Gloria, soy Susana. ¡Feliz Navidad".

Mi nieta lo guardó y me dijo que a la tarde averiguara el número.

Se fue a saltitos por la vereda.

Mañana vuelve y me enseña a mandarlo.